

FRANCISCO DE BORJA Y SU FAMILIA

ENRIQUE GARCÍA HERNÁN
Instituto de Historia – CCHS – CSIC

Francisco de Borja y Aragón nació en Gandía el 28 de octubre de 1510, cuando sus padres apenas tenían dieciséis años. El parto del primogénito, seguramente por la joven edad de la madre, fue difícil, la cual prometió que si le nacía un hijo varón le llamaría Francisco, por devoción a san Francisco de Asís. Enseguida corrió la voz de que había sido un parto «milagroso», como ha recogido la hagiografía. Una de las primeras cosas que hizo su padre, don Juan de Borja, duque de Gandía, fue comunicar la noticia del nacimiento a don Alonso de Aragón, arzobispo de Zaragoza, abuelo del niño por parte materna; el parto fue muy doloroso, pero al final todo salió bien.¹ Era una obligación informar al responsable de la familia en sentido amplio, pues el arzobispo era la máxima autoridad de entonces y velaba por los Borja, los Gurrea y los Castro, por cuanto sus hijas, producto de la unión sacrílega con Ana de Gurrea, casaron la primera, Juana, con Juan de Borja, y la segunda, Ana, con Alonso Pérez de Guzmán; y porque dejó un legado para el matrimonio de su sobrina Francisca de Castro Pinós, que fue la segunda esposa del duque de Gandía.

La familia en la Edad Moderna ha sido objeto de investigación en los últimos treinta años, con importantes aportaciones, porque la familia de entonces era mucho más que la mera comunidad doméstica o grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas; no era simplemente el hogar, cuyos componentes estaban unidos por el vínculo del amor.² La familia en esa época representaba la sociedad entera, era mucho más de lo que es ahora, arrancaba con el linaje y terminaba en la casa, en una concreta, cuyo núcleo organizador era el matrimonio, porque con él, a través de la dote y creación de mayorazgos, la cabeza de la familia organizaba y dirigía todos sus componentes, se hablaba de familiares y deudos como cosas propias, de modo que consanguineidad y poder

1. BARÓN DE TERRATEIG, *Una carta sobre el nacimiento de San Francisco de Borja*, Valencia, 1948. Véase Enrique GARCÍA HERNÁN (ed.), *MHSI Borgia*, VI y VII.
2. David KERTZER, *Historia de la familia europea*, Barcelona, 2002; Michael ANDERSON, *Aproximaciones a la historia de la familia occidental (1500-1914)*, Madrid, 1988; Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, *La familia en la Edad Moderna*, Madrid, 1996; J. CASEY *et al.*, *La familia en la España Mediterránea (siglos XV-XIX)*, Barcelona, 1987; María Antonia BEL BRAVO, *La familia en la Historia*, Madrid, 2000; Francisco Javier LORENZO PINAR, *La familia en la Historia*, Salamanca, 2009.

iban de la mano. De hecho, el padre diseñaba una estrategia de poder de la familia que orientaba socialmente el comportamiento externo de los miembros. De ahí que fueran tan importantes las relaciones sociales entre distintas familias y crear vínculos jurídicos entre unos con otros a través del matrimonio, el cual quedó sacralizado como sacramento en el concilio de Trento. Certeramente Diego de Covarrubias define en 1611 en su *Tesoro de la lengua* a la «familia» como «la gente que un señor sustenta dentro de su casa [...], ya no solo debajo de este nombre se comprehenden los hijos, pero también los padres y abuelos y los demás ascendientes del linaje [...], que por otro nombre decimos parentela [...], debajo de esta palabra familia se entiende el señor y su mujer, y los demás que tiene de su mando, como hijos, criados, esclavos».

Esto implica buscar una visión nueva a través de los estudios demográficos, y sobre todo una investigación profunda sobre la importancia del padre –dueño del espacio económico–, el papel de las mujeres –el estudio de género–, la educación de los hijos, la sexualidad, la medicina, la cultura, la religiosidad, la criminalidad, la transmisión patrimonial, la vida privada, etc.³ No extraña, pues, que a la sombra de los concienzudos trabajos sobre linajes aparecieran nuevas investigaciones sobre el derecho matrimonial, las escrituras de matrimonio, las tutelas, la creación de mayorazgos y un detallado estudio sobre los testamentos.⁴

La familia Borja, en especial la de Francisco de Borja, ha sido revisada por muchos historiadores. Cabe mencionar ante todo el estupendo libro de Miquel Batllori, titulado precisamente *La familia de los Borja* (Madrid, 1999), y también su artículo sobre el ambiente familiar de Francisco de Borja.⁵ Un estudio reciente sobre la familia Borja también lo encontramos en un trabajo de Santiago La Parra, especialmente en lo referente a la memoria que había dejado en su familia el ducado de Gandía.⁶ Tratar sobre Borja y su familia implica necesariamente pasar por los estudios sobre la historia de la familia en la Edad Moderna, y concretamente de una familia noble valenciana con especiales vinculaciones con Aragón, Castilla e Italia. Contamos con estudios de personajes ilustres como don Hernando de Aragón o don Martín de Gurrea, que nos sitúan bien en la época en que vivió Borja y su familia.⁷

Ante todo debemos tener en cuenta que, como todos los primeros Borja, don Juan de Borja y Enríquez, III duque de Gandía, fue fecundo: tuvo veinte hijos. Del primer matrimonio con doña Juana de Aragón le nacieron siete: Francisco (1510-1572); Alonso (1511-10 de mayo de 1537), abad de Nuestra Señora de Valldigna; María (1513-1569), clarisa –María de la Cruz–; Ana (1514-1568), clarisa –Juana Evangelista– que en 1551 fundó junto con su tía sor Francisca el convento de Casa la Reina, en Valladolid; Isabel (1515-1568), clarisa –Juana Bautista–; Enrique (19 de diciembre de 1518-1540), comendador mayor de Montesa y cardenal; y Luisa (19 de agosto de

3. Pilar GONZALBO AIZPURU, *Familias y relaciones diferenciales. Género y Edad*, Murcia, 2009; J. I. FORTEA *et al.*, *Furor et rabies. Violencia, conflicto y marginación en la Edad Moderna*, Santander, 2002.

4. FRANCISCO CHACÓN; Juan HERNÁNDEZ FRANCO (eds.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, 1992; Juan HERNÁNDEZ FRANCO (ed.), *Familia y poder. Sistemas de reproducción social en España (siglos XVI-XVIII)*, Murcia, 1995.

5. M. BATLLORI, «El ambiente familiar de san Francisco de Borja», *Razón y Fe*, 186 (1972), pp. 393-403. También MARIÓN HERMANN-ROTTGEN, *La familia Borja: historia de una leyenda*, Valencia, 1994; y J. F. MIRA, *Los Borja. Familia y Mito*, Valencia, 2000.

6. Santiago LA PARRA, «El ducado de Gandía y la memoria familiar de san Francisco de Borja», *Revista Borja. Revista de l'IEEB [Actes del II Simposi Internacional sobre els Borja]*, 2 (2008-2009), pp. 81-103.

7. J. A. MOREJÓN RAMOS, *Nobleza y humanismo. Martín de Gurrea y Aragón. La figura cultural del IV duque de Villahermosa (1526-1581)*, Zaragoza, 2009; G. COLÁS LATORRE *et al.*, *Don Hernando de Aragón. Arzobispo de Zaragoza y virrey de Aragón*, Zaragoza, 1998.

1520-1560), casada en 1541 con Martín de Aragón y de Gurrea, IV duque de Villahermosa, que mereció el título de «santa duquesa».

Borja fue testigo de la muerte de todos sus hermanos del primer matrimonio de su padre, y le causó especial dolor el fallecimiento de las clarisas (Ana e Isabel en marzo de 1568), con quienes mantenía correspondencia epistolar. De su segundo matrimonio con Francisca de Castro, don Juan tuvo doce hijos: Rodrigo (1523-1536), cardenal; Pedro Luis Galcerán (1528-1592), virrey de Cataluña; Diego (1529-1562), ajusticiado; Felipe Manuel (1530-1587), caballero de Montesa; María (1533), clarisa –María Gabriela–; Leonor (1534-1564), casada con Miguel de Gurrea; Ana (1535-1601), clarisa –sor Juana de la Cruz–; Magdalena Clara (1536-1592), casada con el conde de Almenara; Margarita (1538-1573), casada con Fadrique de Portugal; Juana (1540); Tomás (1543-1610), virrey de Aragón. De su unión adulterina con la noble señora Catalina Díaz nació Juan Cristóbal (1517-1573), que estudió en la Universidad de Alcalá. Un autor le añade otro hijo adulterino, don Pedro de Borja, que fue regente vicario general del reino de Nápoles. Por tanto, Borja tuvo hijos y hermanastros de la misma edad; así sus hijos Álvaro, Juana, Fernando, Dorotea y Alonso tenían casi la misma edad que sus hermanastros María, Leonor, Ana, Magdalena Clara, Margarita, Juana y Tomás. Nacieron todos en un período de diez años, entre 1533 y 1543. Así, cuando su padre falleció, Borja se encontraba con una tropa de doce niños pequeños a los que atender, precisamente en un momento delicado de su vida, postergado del virreinato de Cataluña y de la casa real portuguesa, y refugiado en su ducado de Gandía.

Dado que los marqueses de Llombay acompañaban a la emperatriz, sus hijos nacieron en distintas ciudades; Isabel, bautizada así en honor a la emperatriz, nació en 1532 en Medina del Campo, desposó en 1548 con el conde de Lerma, Sandoval y Rojas, y falleció repentinamente en 1558; Juan nació en Bellpuig de les Avellanes en 1533 y fue I conde de Mayalde y de Ficalho; Álvaro nació en 1534 en Toledo; Juana nació en Madrid en 1535 y se casó en 1550 con el marqués de Alcañices Juan Enríquez de Almansa, cuya hija casó con su tío Álvaro, previa dispensa papal; Fernando nació en Madrid 1537; Dorotea nació en Valladolid en 1538 y murió clarisa en Gandía en 1552; Alonso nació en Toledo en 1539 y en 1567 se desposó en Gandía con doña Leonor de Noroña. Borja vio morir a sus hermanas y a dos de sus hijas, primero a Dorotea y luego a Isabel, y también fue testigo de un aborto en 1540. Por tanto, el nacimiento de Alonso en 1539 y el aborto de 1540 ponen en cuestión la actuación de Borja con su esposa, en el sentido de que su conversión le llevó a una vida religiosa de abstinencia de acuerdo con su esposa, decisión que el biógrafo Cienfuegos pospone a su regreso de Barcelona, en 1542, precisamente cuando ya doña Leonor se encontraba enferma.

Por nuestra parte, en este artículo queremos hacer brevemente un careo entre lo que pensaron sus principales biógrafos y lo que nos ofrecen las fuentes originales respecto a él y su comportamiento con su familia. No cabe duda de que sus primeros biógrafos quisieron idealizar una imagen moralmente perfecta de Borja como modelo de familia cristiana, canonizable, imitable por todos, al menos por los nobles de su misma condición, según los vectores ideológicos del Antiguo Régimen de una sociedad desigual en la que apenas tenía importancia la propia voluntad y mandaba sobre todo la cabeza del linaje.

El padre Dionisio Vázquez, que fue durante algún tiempo su confesor y secretario en Roma, así como su primer biógrafo, pinta un cuadro perfecto de Borja como modelo de padre de familia cristiana según las líneas morales de entonces a través de su biografía, escrita en 1586, aunque con notables exageraciones respecto a la vida religiosa. Los principales problemas de la familia, como su tensa relación con su padre y madrastra, los errores de algunos de sus hermanastros (ajusticiamiento de Diego o la homosexualidad de Pedro Luis Galcerán), y cómo fue poniendo en estado a sus hijos

e hijas, los pasa por alto, a no ser para ponerle como modelo de desapego a la familia por seguir un ideal mucho más alto. Es sabido que Ignacio de Loyola le pidió que antes de abrazar la vida jesuítica de modo público debía asentar a su familia. Si dejamos de lado a todos sus hermanos y hermanastros, Borja debía pensar sobre todo en sus hijos e hijas. Carlos heredaría el ducado, pero concertó en cuanto pudo, en 1548, su matrimonio con Magdalena de Centelles con el fin de unir en sus descendientes las posesiones borgianas con las de Oliva; Juan parecía inclinarse hacia la vida religiosa como jesuita. El problema era asentar a Álvaro, Fernando y al benjamín Alonso, algo díscolo. Borja no sabía realmente qué hacer con ellos. En cuanto a las niñas, debía casar a Isabel y a Juana, pues la pequeña Dorotea ya había entrado como clarisa con nueve años cuando todavía vivía su madre. Vázquez omite los problemas y tan sólo refiere «como puso tres hijas en estado», refiriéndose a que organizó el enlace de Isabel en 1548 con Francisco de Rojas y Sandoval, marqués de Denia, y el de Juana en 1550 con Juan Enríquez, marqués de Alcañices; y los escogió el propio Borja porque «eran principales caballeros y mancebos de conocida virtud y discreción». Nada dice de su política matrimonial. Relata cómo el enlace del marqués de Lerma se hizo con la máxima prudencia para evitar que tuvieran relaciones prematrimoniales. Prácticamente ya no vuelve a hablar de la familia directa, salvo para decir que él no se implicó en la consecución de la dispensa matrimonial de 1564 de su hijo Álvaro con su sobrina carnal Elvira Enríquez. También trata de «cómo gobernaba y conservaba a su familia» como modelo de gobernante por su especial trato con criados y esclavos. Así dice: «procuraba que los más principales y de mejor entendimiento de sus criados se recogiesen unos días en el colegio de Gandía a hacer los ejercicios espirituales y a otros exhortaba a hacer oración [...], en el palacio del duque don Francisco se hallaban libros devotos y rosarios y a veces entre los colchones se encontraban cilicios y disciplinas de penitencia [...]. Dioles sus ayos y maestros escogidos entre doctos y virtuosos y habiendo todos estudiado bien la lengua latina hizo que don Álvaro y don Alonso aprendieran lógica y retórica y vistioles de hábito eclesiástico, deseando de esta manera inclinarlos a vida religiosa, si ellos sintiesen para ello el llamamiento». Es decir, para solucionar el problema de los hijos solteros, los hizo clérigos; sin embargo, los dos optaron por el matrimonio, el primero en 1564 y el segundo en 1566, y no aclara hasta qué punto se implicó Borja en los enlaces.

Vázquez también dedica una parte de su biografía a exaltar las virtudes de Borja, como la humildad, devoción, oración, mortificación, mansedumbre, benignidad, caridad, paciencia, moderación, prudencia, sencillez, obediencia, pobreza, pureza, etc., y también nos dice «de cuán mortificados tenía los humanos afectos de la carne y la sangre», es decir, un desapego grande de su familia. Decía: «desde que le mandaron inclinar las orejas para oír la voz y olvidar a su pueblo y la casa de su padre, juntamente olvidó las casas de sus hijos y hermanos, y los apellidos y leyes y respetos del mundo. De tal manera que en todo el tiempo que estuvo con el hábito de la religión ni en sus palabras y trato ni en cosa que hiciese pudiera ninguno conjeturar que en otro tiempo hubiese tenido otro hábito o hubiese sido algo entre las gentes». Así menciona que no se escribía apenas con sus hermanas la duquesa de Villahermosa (Luisa) y la condesa de Almenara (Magdalena Clara), mientras que sí lo hacía con las hermanas clarisas.

El padre Ribadeneira, con su biografía publicada en 1592, prácticamente sigue a pie juntillas el modelo que había impreso Vázquez, aunque puliendo algunas expresiones y acercando la vida religiosa de Borja al modelo jesuítico, habla de «cómo casó el marqués, a sus hijas», sin añadir nada nuevo. Dedicó un capítulo a «lo que hacía en el gobierno de su persona, familia y estado»; así dice: «quien tenía este amor y cuidado de sus criados, ¿qué pensamos que haría con sus hijos? Dioles ayos y maestros escogidos, y tenía los siempre ocupados y atentos. Hizo que todos estudiasen al menos latinidad y algunos de ellos lógica y filosofía. Instruía los en la oración y él por sí mismo los examinaba

y pedía cuenta de sus devociones y finalmente con el ejemplo (que es el arma más poderosa) y con la voz viva los encaminaba hacia el cielo». Cuando llega a la parte de las virtudes, también menciona «cuán mortificados tuvo los afectos de la carne y sangre», pero añade una nota edificante: que si los religiosos atendieran a las cosas de Dios, Dios cuidara de las cosas de los religiosos.

Juan Eusebio Nieremberg escribe su biografía en 1644, ya Borja declarado beato y en pleno apogeo político de su familia, tomando información tanto de Vázquez como de Ribadeneira, aunque en un estilo nuevo, propio de mediados del siglo xvii. Un capítulo lo titula: «Cuán santamente gobernaba el religioso duque su familia y estado». Añade el dato que «al padre doctor Juan Bautista Barma, de nuestra Compañía, había dado el duque particular cuidado del aprovechamiento espiritual de sus hijos». Barma había llegado a Gandía para ser profesor de la reciente universidad creada por Borja; de hecho fue su profesor y actuó como confesor de sus hijos. Nieremberg también recoge cómo «tuvo muy mortificados los afectos de carne y sangre» y refiere el caso de Francisca de Castro, su madrastra, contra quien había ido en pleito por la herencia: «tratábase un pleito en el Consejo Real sobre mucha herencia entre el duque don Francisco y la duquesa doña Francisca, su madrastra, que había quedado viuda del duque don Juan su padre con muchos hijos de aquel segundo matrimonio. El duque don Francisco ni gustaba del pleito ni se holgaba de que se tratase, pero no podía acabar con la duquesa doña Francisca que se desistiese de él. Parecíale a esta señora que con segura conciencia ella no podía dejar perder tanta hacienda con agravio de sus hijos. Un día llegó a Santa Clara el duque y llamando a sor Francisca, su tía, le dijo: qué alegre estoy [...] en el consejo real han dado sentencia contra mí y en favor de la duquesa doña Francisca, mi señora [...] pero ésta no la osó mostrar a la duquesa doña Leonor porque estaba muy de la parte de sus hijos». Así se dejan ver las tensiones familiares y cómo el pleito fue inducido por su esposa Leonor.

A finales del siglo xvii es el padre Álvaro de Cienfuegos quien nos ofrece una nueva visión de Borja y su familia, aunque su obra se publicó por primera vez en 1702. Además de usar a Vázquez, Ribadeneira y Nieremberg, utiliza algunos nuevos documentos del proceso de canonización, pero lo más importante es que ofrece una nueva interpretación de las relaciones familiares. Se recrea en la relación Borja-Barma y familia; dice con ocasión de la despedida de Borja en 1550: «llegó al aposento del padre Juan Bautista de Barma, a quien amaba con especial ternura [...] porque había cuidado de la enseñanza de sus hijos [...] rogole que quedase en lugar de padre de todos sus hijos, familia y vasallo». Seguramente añadió esto porque Barma fue el primer jesuita que hizo la profesión solemne públicamente, en 1556, en manos de Borja y en presencia de la princesa Juana de Austria y la nobleza residente en la corte; además fue provincial de Aragón en 1558 hasta su muerte en 1560. Lo más importante son las palabras que supuestamente dijo en ese momento a su primogénito Carlos: «que se acordase que le dejaba constituido en su ausencia padre de sus hermanos, amparo y guardia de su familia [...] que obedeciere en todo al padre Barma. Amad a la Compañía, siquiera por hacer a vuestro buen padre esta lisonja que este amor quiero yo vinculado eternamente a toda mi descendencia; mirad que yo la elegí por madre que la debo todo lo que soy en Cristo y todo lo que dejo de ser en el mundo. Esta bendición [...] dejo vinculada a la Casa Borja a mis hijos y nietos, advirtiéndoles que de otra suerte los desconoceré como extraños y los habré de huir como a enemigos». Por tanto, observamos una clara finalidad: trata intencionadamente de unir los destinos de la Compañía con los de la casa Borja. Detrás estaba en juego la opción política de la Compañía y de los Borja en el duelo dinástico sucesorio de Carlos II.

Esta imagen creada a lo largo de los siglos xvi, xvii y xviii fue cambiando a resultas de las investigaciones científicas, con la edición de los documentos originales a finales del siglo xix y principios del siglo xx. Podemos hablar de varios frentes documentales. Por un lado, los testimonios de

su propia familia durante el proceso de beatificación y canonización. En segundo lugar, los escritos espirituales de Borja, cuyas *Opera omnia* se publicaron en Bruselas en 1675, ya Borja declarado santo, si bien alcanzaron más difusión en la actualidad con la edición en 1964 de 23 tratados espirituales, aunque su número asciende a más de 70 títulos. Como tercera fuente, su *Diario espiritual*, del cual hasta la fecha disponemos de tres ediciones, y el epistolario editado en los *Monumenta Borgia*. Por último, su testamento de 1550 y la documentación que todavía queda inédita, especialmente las cartas familiares, aproximadamente unas cien cartas conservadas en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús que nos revelan un Borja más humano, con sus debilidades y preferencias familiares.

En 1607 se inició una serie de procesos informativos con participación de personas que le conocieron directamente. Así, por ejemplo, en los procesos de Zaragoza, Barcelona, Valencia, Gandía, Denia y Oliva hay 149 testimonios, y en el de Madrid, Alcalá y Toledo se recogieron 163. Hay personas vinculadas a la familia que gozaban entonces de gran prestigio, como Tomás de Borja, Leonor Oñaz de Borja y el propio duque de Lerma. Pero también hay testigos circunstanciales como el padre Francisco Hernández (74 años), que le conoció en 1571, o Héctor Ruiz de Corella, señor de Borona (86 años), que conoció a Borja en las cortes de 1547, o Alfonso de Zanguerra, paje de los duques de Calabria (75 años), que le conoció en 1549. Quizá resulten más interesantes los testimonios de los procesos de Madrid, Alcalá y Toledo, con deposiciones del duque de Lerma, su hijo el duque de Uceda, la milagrada Mariana Manrique de Padilla, Ana de Portugal y Borja (hija de Margarita de Borja), la duquesa de Gandía Juana de Velasco, la viuda de don Juan de Borja doña Francisca de Aragón, la condesa de Grajal doña Tomasa de Borja, el príncipe de Esquilache don Francisco y de Borja y su esposa Ana de Borja, el conde de Ficalho don Carlos de Borja, la condesa de Mayalde doña Francisca de Aragón, etc., y los jesuitas Francisco Porres, Francisco Antonio y sobre todo, el más importante, Pedro de Ribadeneira, el jesuita más antiguo que quedaba vivo. Aunque la deposición más decisiva fue la del patriarca Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, como lo reconoció el propio nuncio, precisamente para evitar críticas, dado su enorme prestigio. En suma, gracias a la causa de beatificación y canonización disponemos de una fuente de datos biográficos inéditos, pero difícilmente comprobables y con multitud de errores, porque deponían muchos años después de los acontecimientos. Es una documentación apoyada en la autoridad de unos testimonios al menos cuarenta años posteriores a la fecha de los acontecimientos. Curiosamente, los milagros eran familiares suyos, en un momento en que la familia parecía estar más unida que nunca.⁸

En cuanto a los escritos espirituales, podemos reseñar brevemente que Borja dedicó tres de sus obras a familiares suyos. Sabemos que también dedicó obras a la princesa doña Juana y a las infantas de Portugal doña María y doña Isabel. La primera fue en 1548 para su tía sor Francisca de Borja Enríquez, el *Espejo de las obras del cristiano*, pero no hay nada en este documento que nos lleve al sentido de familia, salvo unas pequeñas observaciones. Dice que cuando nos encontremos en situación de «apartarnos de nuestros amados», dirigir nuestra mente a Jesús «cuando se despidió

8. Los procesos de beatificación en el fondo Osuna, 16, del Archivo de la Nobleza en Toledo. Tres volúmenes con los procesos de Zaragoza (1610), Valencia (1611), Gandía (1611), Barcelona (1611) y Madrid (1617). Copias de los procesos de la beatificación y canonización en BNE, Fond des Canonisations, H.875-876, seis volúmenes impresos, con la *Positio* y declaración de testigos. ASV, Congregazione dei Riti, n° 2443 a 2446. APGCG, Franciscus Borgia, n° 36 a 71. En este último –el más completo– hay 71 volúmenes referentes a los procesos, desde los testimonios recogidos en Toledo, Madrid, Alcalá, Gandía, Denia, Valencia, etc., hasta la biografía oficial aprobada en 1671 por la Congregación de Ritos; se pueden ver, sobre todo, los milagros acaecidos entre 1596 y 1668. Entre los documentos más curiosos se encuentran los gastos de la beatificación y canonización, los retratos que se habían de hacer para la canonización, y fiestas que se hicieron en Roma y otras ciudades.

de su bendita Madre». La segunda fue para su hijo Carlos, la *Instrucción para el buen gobierno de un señor en sus estados*, escrita en 1552. Pone como modelo de gobernante al rey David y en la segunda parte, de índole práctica, recoge casos concretos de cómo actuar en 17 situaciones. En la primera parte trata, en el capítulo XVII, «de lo que se ha de hacer con la familia». Pone el acento en «cuáles han de ser los criados y familiares de casa para morar en ella, en lo cual va mucho, porque la familia del señor ha de ser un espejo para los vasallos, y los desórdenes y descuidos de ellos se han de refrenar con la modestia y templanza de la buena familia». Sigue con una serie de consejos sobre elegir buenos criados, «porque un ruin basta [para] dañar una familia». Por tanto, hay que mirar cuáles son sus virtudes verdaderas y no las recomendaciones y vestidos. Los señores están obligados a la doctrina de los criados y a darles buen ejemplo, atendiéndoles en sus enfermedades. La tercera fue *La meditación de las tres potencias de Cristo*, de 1554, escrita «para que las monjas descalzas de Santa Clara se ejercitasen en ellas las tres semanas últimas del adviento». Por tanto, no observamos en Borja ningún escrito espiritual sobre cómo actuar con la familia, salvo en el caso de considerarlas «criaturas», que se han de querer por Dios y alabar a Dios por ellas.

En su *Diario espiritual*, publicado en 1911, 1997 y 2010 vertido al catalán, podemos observar pequeñas referencias a su familia. Es verdad que tal diario ha llegado a nosotros de forma muy reducida, de 1564 a 1570. En 1566 escribe: «pidiose en la misma que se ofreciese la oración continua por este año por Carlos y su gente, hermanos». En otras ocasiones reza por don Hernando, o la marquesa, simplemente, refiriéndose a sus hijos Fernando y Juana. También recuerda «lo de Gandía, 1566». Escribe, asimismo, sobre poner en la cruz «los afectos terrenales». Gracias a las cartas editadas por los *monumentistas* en el primer volumen de la serie *Borgia* (Madrid, 1894), especialmente las últimas 200 páginas, sobre las hermanas y los hermanos de Borja y sobre su esposa, hijos e hijas, que sirvió de base para el linaje y breves biografía que trazó en 1902 Francisco Fernández de Bethencourt en su tomo IV de la *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*, se ha podido reconstruir la relación familiar. De estas fuentes han bebido prácticamente todos los autores. Los biógrafos Suau y Dalmases también acudieron a fuentes inéditas conservadas en el fondo Osuna del Archivo Histórico Nacional. Por mi parte tracé hace doce años una biografía en que insistía en que Borja era noble y siguió siendo noble después de su renuncia, porque siguió pensando y actuando igual. Esto implicaba que también siguió gobernando su familia.

Respecto al testamento, aquí encontramos información de gran valor sobre cómo asentó a su familia y las consecuencias de su renuncia. Debemos tener presente que sus hijos Carlos, Isabel y Juan se habían criado en la corte, junta a la emperatriz y al infante Felipe. Así, Carlos fue paje de la casa de la emperatriz hasta su muerte, en 1539 asentó en la casa del príncipe hasta 1542, que pasó a Barcelona y luego a Gandía; Isabel fue dama de la emperatriz hasta su muerte, y a partir de 1551 dueña de acompañamiento en la casa de la reina Juana, en Tordesillas; y Juan fue también paje de la emperatriz hasta su muerte, pasó luego a la casa del príncipe hasta 1542, luego fue a Barcelona y Gandía. En 1550, cuando redacta su testamento, ya había casado a Carlos, Isabel y Juana; Juan recibió una encomienda de Santiago; Álvaro recibiría una pensión vitalicia, al igual que Fernando y Alonso, aunque menor. Dorotea, que espera que profesara en Santa Clara, si no llegara a hacerlo recibiría también una pensión.

Para el mejor gobierno de su estado, Borja entregaba un memorial a su hijo Carlos, según consignó en el testamento, pero dicho memorial no ha llegado hasta nosotros, aunque es posible que tuviera que ver con la instrucción escrita en 1552 sobre el gobierno de un señor de sus estados. Tan sólo dice que gobierne a su casa y vasallos usando de misericordia. Para los hijos menores de edad, que eran Álvaro, Fernando y Alonso, nombraba tutor a su primogénito Carlos, según los

derechos, fueros y costumbres del reino de Valencia, es decir, tutor y administrador de sus bienes. Éste fue un gran error. El mayor problema de este testamento es que obligó a su hijo Carlos a dar una limosna anual de 500 ducados para la construcción del Colegio Romano de la Compañía de Jesús. Nada dice respecto a su madrastra y hermanastros. Entre los testigos se encontraba el padre Juan Bautista de Barma, que además fue nombrado albacea. También firmó unos codicilos en los que dotaba los colegios jesuíticos de Oñate, Alcalá y Gandía. El testamento se abrió en mayo de 1551, una vez hecha pública la renuncia de Borja en Oñate ese mismo mes.

Aunque Borja parecía que se despegaba de Gandía y su familia, la realidad era todo lo contrario; los vínculos eran demasiado fuertes. Los primeros problemas que Borja tuvo con su familia nacieron en 1554. Su hermanastro Diego de Borja (1529-1562) había asesinado a un bastardo del duque de Segorbe y a un pariente, por lo que fue ajusticiado. Luego vino el matrimonio de Pedro Galcerán de Borja con Eleonor Manuela en 1558, sin la anuencia real, gestionado por el propio Borja; no pudo sustraerse al disgusto del rey. Su pariente la marquesa de Alcañices, Ana Enríquez –amiga de Teresa de Jesús– fue acusada por la Inquisición en 1559 por heterodoxa. Y él mismo hubo de huir de España porque sus obras se habían incluido en el Índice inquisitorial. Borja arrosó las consecuencias. Los problemas familiares se agravaron a finales de 1562. En Roma se suscitó un gran revuelo por la sentencia a muerte dada contra Diego de Borja y Felipe Manuel por haber asesinado de un tiro de escopeta a Diego de Aragón, siendo la causa única de la sentencia el uso de la escopeta. Felipe Manuel no fue ajusticiado.⁹

Por otro lado, don Carlos, el duque de Gandía, se había enemistado con su tío Pedro Galcerán de Borja, maestre de Montesa, a propósito de ciertos dominios en el reino de Valencia; acaso consecuencia de los problemas de herencia suscitados con la renuncia de Francisco de Borja. Don Alonso de Aragón, duque de Segorbe y de Cardona, estaba de parte del duque de Gandía, por lo que el maestre también se enemistó con ellos. El propio rey, por medio del presidente del Consejo de Órdenes, Figueroa, hubo de poner paz entre ellos. Les obligó a jurar que «se traten como lo solían antes que estas diferencias se hubiesen levantado», porque él se encargaría de arreglarlo todo.¹⁰

El cuarto hijo de Borja, don Álvaro, había casado con su sobrina Elvira Enríquez de Borja, hija de los marqueses de Alcañices, Juana de Borja y Enrique de Almansa y Rojas. Álvaro de Borja estaba muy bien relacionado con Ruy Gómez de Silva y con otras familias portuguesas. Viajaba con cierta frecuencia a Oporto.¹¹ Mantenía asimismo negocios a través del contador Juan de Escobedo, secretario también de Ruy Gómez, máximo responsable de la hacienda real. Borja –que recibía continua información no sólo a través de Álvaro– siguió muy de cerca estos movimientos; quería ante todo que su hijo y su esposa Elvira Enríquez estuvieran bien avenidos. Algún resultado se obtuvo, como se ve por la reacción del propio Álvaro: «Alabaré a Dios y abrazaré a mi esposa, que con esto se me quitan todas las pasiones y cuidados».¹²

Para conseguir dispensas matrimoniales, los Borja contaban no sólo con su padre, sino también con la colaboración del conde de Brocardo, ex agente diplomático al servicio de España,

9. AGS, E.893.

10. AGS, E.328: «Copia del mandado de S. M. que aceptó el maestre de Montesa, Madrid, 10 diciembre 1562. El duque de Gandía a Figueroa, Toledo, 10 diciembre 1562. El maestre de Montesa a Figueroa, Toledo, 16 diciembre 1562».

11. AGS, Consejo y Juntas de Hacienda [CJH] 50, 139: Álvaro de Borja a Ruy Gómez (Madrid, 17 de marzo de 1563). Otras en AGS, CJH 50, 143, 144.

12. AGS, CJH 50, 229: Álvaro de Borja a Juan de Escobedo ([1563]).

desde 1562 en servicios militares –armamentos de galeras en los puertos de Italia–, un gran protegido de Ruy Gómez de Silva.¹³ Por otro lado, don Alonso, el último hijo de Borja, que se desposará en 1567 con Leonor de Noroña –no tuvo sucesión–, también recibía continua correspondencia de su padre. Su hija Juana le informaba a Borja que Alonso y Carlos no se llevaban bien, que seguían con tensiones, sobre todo a consecuencia de la boda. Es verdad que en cierto modo Ruy Gómez controlaba los movimientos de los Borja, pues a éste le enviaban puntualmente copias de las cartas que recibían de Borja; como, por ejemplo el propio Álvaro de Borja, marqués de Alcañices: «yo vi carta de mi padre; y aunque dice mucho, yo tengo poco que responder; ahí la envío». Don Álvaro había sido condenado a prisión en el castillo de Simancas por ciertas deudas que no había pagado, 600 ducados por un lado, y un débito de un préstamo hecho por el veneciano Nicolás Grimaldi. Le habían dejado sumido en una profunda indefensión y amargura: «yo no sé que haya razón ni justicia para tenerme preso, y tan rigurosamente como me tienen».¹⁴ La marquesa de Alcañices procuró el dinero y se lo hizo llegar al contador Escobedo para que solucionara tan delicado problema.¹⁵ Álvaro se había endurecido con la prisión: «sin reales –decía– los hombres son bestias, y ésta es la filosofía natural de estos tiempos, y la que no entendieron los pasados». Quería recuperar parte de su crédito personal hablando con el rey y con el doctor Velasco, un miembro del Consejo de Estado.¹⁶ Álvaro quería permiso de Ruy Gómez de Silva para poder comerciar con Portugal, exportar trigo y así poder pagar las deudas, por lo que se lo hizo saber al contador Juan de Escobedo.¹⁷

También Fernando de Borja, gentilhombre de la cámara del rey, buscaba favor en Ruy Gómez. Desde 1563 se había alejado de la corte para establecerse en Gandía, junto a su hermano el duque don Carlos, según deseo del propio Felipe II. Esto le había acarreado grandes pérdidas. No extraña, pues, que pidiera a Ruy Gómez urgente ayuda hablando con el rey –son sus palabras– «muy bien sabe que es la imposibilidad de podello servir, si no es con alguna ayuda o por mejor decir limosna, pues será para mí muy grande merced de mano de vuestra señoría». Álvaro de Borja pidió al papa una dispensa para unos familiares del príncipe de Éboli.¹⁸

Aunque Borja se había alejado de España y de su tierra de Gandía, su pensamiento seguía, como vemos, muy cerca de sus familiares y amigos. Había dejado su Gandía en 1550 como duque, con firme propósito –según nos cuenta Vázquez– de nunca más poner sus pies sobre la tierra que le vio nacer. A partir de entonces, cuando hablaba a sus íntimos de Gandía, lo llamaba su «Egipto», porque Dios le había librado prodigiosamente como al pueblo de Israel. Es verdad que nunca más entró en su palacio ducal, pero no por eso se desentendió de lo que pasaba por su ex ducado. Vivió con gran preocupación la peste que se despertó en Valencia, Murcia y Gandía en el invierno de 1558 y en el verano de 1559.

Borja se acordará muchas veces de Gandía. Estando maltrecho cerca de Lisboa en 1560 pidió con insistencia un médico cirujano amigo suyo de Gandía, Cosme López, residente en Coimbra, rechazando los lisboetas, lo cual suscitó, incluso entre jesuitas, rumores y envidias por las

13. AGS, CJH 58, 227-228: Álvaro de Borja a Juan de Escobedo ([1563]). Sobre Brocardo, véase AGS, E.1213, 1219, 1222, 1223, 1226, 1227, 1307.

14. AGS, CJH 58, 227: Álvaro de Borja a Ruy Gómez ([1564]).

15. AGS, CJH 58, 225: la marquesa de Alcañices a Juan de Escobedo (Espinar, 1 de septiembre de [1564]).

16. AGS, CJH 58, 223: Álvaro de Borja a Juan de Escobedo (recibida el 17 de diciembre de 1564).

17. AGS, CJH 58, 224: Álvaro de Borja a Juan de Escobedo ([1564]).

18. AGS, CJH 56, 312: Hernando de Borja a Ruy Gómez de Silva (19 de junio de 1564). Vicente CASTAÑEDA, «Las instrucciones de Felipe II al conde de Benavente para la gobernación del reino de Valencia (1566)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 124 (1949), pp. 451-471.

«manías» de Borja. Pidió que le consiguieran cierta pomada que había en Gandía. Fue tanta su insistencia que Catalina de Austria dispuso que un correo fuera ex profeso a Gandía para conseguirla. Sus enfermedades le producían doble pena, por el dolor y por las incomprensiones.

Borja sabía que su hijo el duque era algo descuidado, pero el asunto trascendió. Muchos documentos importantes se perdieron, se incoaron pleitos inútiles, se perdía dinero, incluso lo prometido no llegaba a tiempo a su destino y a veces no llegaba nunca. El padre provincial Cordeses hubo de decir a Laínez: «el duque es tan descuidado en las cosas de su casa, que creo que él es quien menos sabe de ellas».¹⁹

Estando ya en Roma, en 1563, quiso que un hijo suyo, Alonso probablemente, estudiara en el colegio de Gandía, a lo cual accedió el padre Laínez, pero poniéndole en un lugar apartado. Tenía el colegio de Gandía un fuerte espíritu misionero, muchos querían ir a India –Michel Palazos, Vicente Bru, Juan de Barrios, Martín Aparicio, Jacobo Borrazá–; era la semilla que Borja había sembrado.

Las relaciones familiares le llevaron a estar en contacto con los valencianos y especialmente con los de Gandía. Don Luis Vich abandonó Valencia y sirvió como soldado en diversas campañas por muchos años; cuando regresó de su misión en La Goleta y Malta junto a García de Toledo, pasó por Roma para procurar de Borja cartas de recomendación y poder entrar en casa de los Vich con buen pie. El padre de este Vich había ayudado mucho al duque don Juan de Borja –tuvieron una «amistad especial». Ahora Borja se lo quiso recordar al jefe de la familia Vich –a cuya casa iría a descansar en su vejez–, a su hijo don Carlos, y otro tanto hizo con Ruy Gómez.²⁰

El contacto con su familia estaba enmarcado por los frecuentes donativos. No sólo el duque don Carlos –que se había comprometido a esa generosidad al aceptar el ducado–, sino todos sus hijos colaboraron y buscaron ayudas. La marquesa de Alcañices, Elvira Enríquez de Borja –casada con Álvaro (1434-1594), cuarto hijo de Borja–, por ejemplo, entregó una suma importante para sufragar los gastos de la segunda congregación general de la Compañía.²¹

También Borja participó en la reconciliación de algunos matrimonios. Uno fue del linaje Borja, César Borja. Había abandonado a su mujer para enrolarse en el ejército. En 1566 se encontraba en Nápoles y desde allí pidió a Borja que intercediera ante el deán de Valencia, Jerónimo Roca, para prepararle el camino de regreso, y que su mujer le recibiera con los brazos abiertos. Así, Borja entra de lleno en lo que él llamó «apaciguar casados desavenidos».²² Siguió de cerca el retorno a casa de César Borja. Hizo lo posible para que su pasaje fuera en las galeras de España, que estaban en Nápoles y volvían a sus puertos. Para obtener esta gracia se sirvió del padre Salmerón, en vez de escribir directamente al virrey, pues sabía que este género de favor era mejor tinta y más eficaz que el que se hacía con una misiva. Borja estaba convencido que esa vuelta a casa serviría para su reposo y el de su familia, para el descanso y alivio de su alma y su cuerpo.²³ El caso de César Borja –llamativo por el nombre, pues sobre un César pesaba la acusación de asesinato– es paradigmático. Los españoles que pasaban por Roma para recibir alguna merced del papa buscaban en Borja un seguro intercesor, y César Borja fue uno de ellos. Era un noble militar valenciano que había participado en las empresas de La Goleta y Malta, amigo que fue del duque Juan de Borja, había perdido simpatías

19. MHSI *Lainii*, V, p. 395: Cordeses a Laínez (Valencia, 27 de febrero de 1561).

20. ARSI, Hisp. 67, 128: Vich al duque de Gandía (Roma, 12 de noviembre de 1565).

21. ARSI, Hisp. 67, 147: a la marquesa de Alcañices (Roma, 14 de diciembre de 1565).

22. ARSI, Hisp. 67, 287: Borja al deán Roca (Roma, 27 de diciembre de 1566).

23. ARSI, Hisp. 67, 287: Borja a César Borja (Roma, 27 de diciembre de 1566).

y le miraban con ojeriza. Borja le recomendó ante su hijo el duque Carlos y ante Ruy Gómez para que pudiera regresar a España con todo favor.²⁴ Pero allí su mujer no le recibió tal como esperaba.²⁵

Otro contacto con Gandía fue a través de Villalón, canónigo que fue a Roma a tratar de las lites entre los dos cabildos (Valencia-Gandía). Y también con otro Borja valenciano, Jiménez de Borja, que envió a Roma el arcediano Fadrique de Borja. Tanto Villalón como Fadrique, mientras estuvieron en Roma, no dejaron de estar en contacto con Borja.²⁶

En cualquier caso, el secretario Polanco toca detalles costumbristas que tienen cierta importancia para darnos una idea del amor de Borja por Gandía: «apenas le habían dejado unas cuartanas a poder de purgar, cuando comenzó a guardar el adviento comiendo solamente pescado y ayunando como hacía ahora veinte años en Gandía [...], aunque no por obligación sino quien quiere por devoción». Pese a que Borja fue creando con sus penitencias un ambiente de gran austeridad en torno a sus principales colaboradores, éstos siguieron con gran libertad lo que les parecía sin tener que imitar a Borja—continuaba Polanco— «y yo como tengo poca [*devoción*] y la salud no sobra, conténtome con menos, y hoy rezamos a la mesa de nuestro padre, que estábamos los padres Everardo, Madrid, Mirón y yo, y todos comimos carne, y sólo nuestro padre comía pescado siendo domingo».²⁷

Contamos con el caso del canónigo de Gandía Joan de Villalón, que se encontró en Roma sin dineros y Borja le prestó todo lo necesario para su regreso, toda vez que era portador de una carta de presentación y creencia del cabildo de Gandía suplicándole que le proveyese de dinero.²⁸ También es significativo el caso de Gabriel de Llanos, antiguo sirviente suyo.²⁹

Su hijo Alonso le escribía noticias del duque don Carlos y sus actividades políticas. Borja quería tener sobre su mesa todos los detalles, estar bien informado de lo que pasaba en Gandía y Valencia. En suma, no se había desentendido de su vida pasada en España.³⁰ Era partidario de celebrar importantes reuniones familiares, así sabemos de al menos dos muy importantes. La primera fue en Toro en 1558. Se debe tener en cuenta que su hijo Álvaro fue alcalde perpetuo de la ciudad de Toro, y allí vivían largas temporadas los Borja. Así un testigo del proceso de beatificación dice: «un día en Toro con sus hijos e hijas y después de haber comido dijo sobremesa que cada uno mirase por sí y como vivía, porque dentro de pocos días habría de faltar uno de los que allí había». Se trataba de su hija Isabel, que murió repentinamente. La otra reunión familiar importante fue en 1571, en las Descalzas Reales de Madrid, cuya abadesa era una hermana suya. Allí tuvo una plática o sermón paulino comentando el texto «tempus resolutionis instat». La noticia la recoge su hermano menor, Tomás de Borja, que le acompañó en su viaje de vuelta a Roma. Cuenta que allí les «encargó a cada uno en su estado cómo debíamos acudir a nuestra vocación».

Con la elección de Borja como general en 1565, su espíritu se hacía todavía más universal. Pero su corazón estaba vinculado a la nobleza española, especialmente con el rey; era algo que formaba parte de su ser: había sido criado para servir al monarca. El servicio que Borja prestó a

24. ARSI, Hisp. 67, 128-129: Borja al duque de Gandía, don Luis Vich, Ruy Gómez (Roma, 12 de noviembre de 1565).

25. ARSI, Epp. NN. 93, 77, 79: César Borja a Borja (Nápoles, 9 y 30 de noviembre de 1566); Epp. NN. 93, 103-104 (Gandía, 7 de octubre de 1567).

26. ARSI, Hisp. 68, 297: Borja a don Jiménez de Borja (Valencia).

27. ARSI, Hisp. 68, 118-119: Polanco a Araoz (Roma, 14 de diciembre de 1567).

28. AHL, Documentos notables, caja 3, 207: cédula de Joan de Villalón (Roma, 4 de enero de 1570). Se comprometía a devolver 50 ducados una vez llegado a Valencia a los tres meses.

29. ARSI, Epp. NN. 93, 14: Gabriel de Llanos a Borja (Gandía, 29 de junio de 1566).

30. ARSI, Epp. NN. 93, 183-184: Alonso de Borja (Valencia, 2 de abril de 1570).

Carlos V ha sido muy estudiado, especialmente durante su virreinato en Cataluña. Con respecto a Felipe II valgan estas palabras: «No querría yo que con verdad me atribuyesen descuido en lo que toca al servicio de Su Majestad, pues ni le tuve con el padre, ni espero tenerle con el hijo».³¹

Borja no se encontraba solo en este servicio a la corona. Una de las piezas claves en España era Araoz, de ahí la gran libertad que le había dado; siempre que tenía alguna oportunidad ejercía sobre él algún influjo, a veces bastaba pedirle algún favor, que intercediera ante Ruy Gómez por alguna personas. A veces era el mismo Polanco quien le enviaba nuevas de Borja para que siguiera teniendo un contacto directo con el general. También es verdad que Araoz escribía con cierta frecuencia a Roma preguntando por la salud de Borja –Rafael en clave–, y pidiendo explicaciones sobre los aires que corrían por Roma, los cuales, según creía, eran contrarios a la Compañía. Araoz había intentado –antes de la muerte de Laínez– que Borja regresara a España con el honor y la honra restablecidos, y la mejor ocasión fue la segunda congregación general, pues si se celebraba en Barcelona era más que justificada la presencia de Borja. Esto dio pie para que algunos creyeran que Araoz no quería ir a Roma.

Una vez vuelto el padre Laínez, general de la Compañía, de Trento a Roma en 1564 –tras una ausencia de tres años–, retomó el gobierno completo de la orden. Así se ponía fin al mandato de Borja en Italia y como vicario general. Se le confiaba ahora el cargo de asistente para las provincias de España, cargo al que había sido destinado apenas llegado a Roma. Durante estos tres años, gracias a sus influencias y voluntad decidida, consiguió ser un promotor constante del Colegio Romano y la aprobación de la Compañía en el concilio de Trento.

En agosto de 1565 llegó a Madrid la nueva de la elección de Borja. Estaban en la corte las más altas autoridades, empezando por Felipe II, su esposa Isabel de Valois, el príncipe Carlos, la princesa Juana de Austria, y los príncipes Maximiliano y Ernesto, hijos del emperador Maximiliano II. Las reacciones fueron muy buenas, todos aplaudieron y se divulgó enseguida la elección, y –según dijo un agudo observador– no hubo nadie que dijera nada en contra. La fama de Borja se había extendido por todas partes, estaban deseosos de verle, y era tanto el anhelo que corrió el rumor de que se había presentado en España o que lo haría pronto. Lo cierto era que un imitador se hizo pasar por Borja. Fue condenado por un juez eclesiástico a galeras. Borja quedó desolado y pensaba que si a un doble le trataban así, a él, que era el auténtico, debían tratarle peor. Pero en España le esperaban. Hubo de reaccionar rápidamente. No dejaba lugar a dudas. Su puesto estaba en Roma, pero estaba dispuesto a ir a cualquier parte, siempre que fuera por obediencia. La ocasión se le presentó cuando menos la esperaba, en 1571, nada menos que por orden pontificia.³²

Las relaciones con la monarquía hay que entenderlas desde el punto de vista borgiano. Era Borja miembro de esa monarquía, se sentía totalmente identificado con ella, era verdadera devoción, de ahí que cuando había alguna dificultad –el caso de la jurisdicción eclesiástica– sintiera verdadera pena: «porque ha muchos años que ésta es para mi un cuchillo de dolor, el cual entra más, cuanto es más tierno y más fiel y verdadero el amor tengo a mis príncipes».³³

La amistad con Felipe II se fue normalizando poco a poco. Tomó la iniciativa el propio rey –aunque no quería–, precisamente para pedirle que no fuera Araoz a Roma, pues sus servicios eran necesarios en España. Esta carta fue entregada en mano por el cardenal Pacheco. Casi al mismo tiempo que el rey firmaba su carta, Borja enviaba la nueva de su elección de general. Sus palabras

31. MHSI *Borgia*, IV, p. 227: Borja a Araoz (Roma, 8 de abril de 1566).

32. ARSI, Hisp. 67, 197-198: al Sr. Gonzalo López, en Burgos.

33. MHSI *Borgia*, IV, p. 212: Borja a Araoz (Roma, 27 de febrero de 1566).

eran de acatamiento, respecto, de «servicio», se sentía obligado a poner a toda la orden bajo la protección real, incluyéndose él mismo, cumplir con su designio, en lo que se había educado: «aunque esté ofrecido al servicio de V. M. desde que nascí, como su verdadero vasallo y criado, la obligación del nuevo oficio [...] me obliga a suplicar [...] que a estos padres y a mí [...] reciba debajo de su real protección».³⁴

En cuanto a la política del Estado, sus preocupaciones se traslucen a través de su correspondencia personal, especialmente con el conde de Lerma. Escribiendo al arzobispo de Zaragoza, Hernando de Aragón, se ponen de relieve las inquietudes de Borja: la aplicación del concilio de Trento, el acuerdo entre Felipe II y la santa sede en temas de jurisdicción, y el problema de la presión militar de los turcos sobre la isla de Malta. Estaba algo animado porque veía que en España el concilio se aplicaba, mejoraban las lites con el papa gracias a Pedro de Ávila, marqués de las Navas, y porque el almirante de la flota mediterránea, don García de Toledo —de la casa de Oropesa—, estaba dispuesto a todo con tal de contener a los turcos, además algunos padres irían en esa armada.³⁵ Efectivamente, Pedro de Ávila, a quien en 1558 Borja había recomendado ante el rey, había sido enviado en 1565 por el monarca a Roma para tratar con el cardenal Pacheco de llegar a un acuerdo con el papa; Borja se había ilusionado, pero hubo manera de llegar él.³⁶

La guerra de Granada no podía pasar inadvertida a un hombre que todo lo examinaba y que pedía informes en un sitio y en otro. Las últimas novedades le habían llegado a través del secretario Juan Vázquez de Molina: «Las nuevas que v. m. me envía del buen suceso de la guerra de Granada y las que cada día de nuevo vamos entendiendo me dan materia de bendecir por sus misericordias al Señor Dios nuestro, que bien entendemos, aunque de lejos, lo que importa al bien universal el particular de ese reino. Aquí esperamos que se ocupará el turco con la resistencia que contra él se apareja, especialmente con la ayuda que S. M. da a venecianos. Y S. S. hace también lo que puede. La mano de Dios N. S. favorezca la empresa, que tanto en su servicio se toma».³⁷

Algunos nobles buscaron en Borja un seguro valedor para obtener del papa dispensas matrimoniales. Borja sabía que eran muy difíciles de obtener, máxime en un pontificado como el de Pío V, en el que aun las peticiones ordinarias eran examinadas. Las dificultades nacían de la mente tan recta del papa y del celo que tenía por la reforma de la Iglesia. Por eso hubo de contestar que todos se debían conformar a tan buena voluntad.³⁸ No obstante, sí consiguió algunas, que ni tan siquiera otros personajes aparentemente más influyentes pudieron obtener. Así pasó con el caso de sor María de la Cruz y la abadesa de Gandía, que pidieron a Borja la dispensa para una pareja que casó en 1563 siendo consanguíneos en cuarto grado. El papa era contrario a conceder ese tipo de dispensas, si no era a príncipes y por razones políticas beneficiosas a la cristiandad. En cualquier caso, Borja pidió a Polanco que estudiara el asunto. En primer lugar se debía aclarar si se casaron «scienter» o «ignoranter», porque si sabían que eran parientes no había dispensación posible, pero había cierta esperanza si se confirmaba que se casaron antes del concilio de Trento. Si se casaron «ignoranter», la dispensa se concedería. Las ilustres religiosas también pidieron dispensa para una pareja emparentada en segundo grado. Frente a esto no había nada que hacer, pues —decía Polanco—

34. MHSI *Borgia*, IV, pp. 85 y 86-87: Felipe II a Borja (Segovia, 8 de septiembre de 1565); Borja a Felipe II (Roma, 10 de septiembre de 1565).

35. MHSI *Borgia*, IV, pp. 38-42: Borja al arzobispo de Zaragoza (Roma, 5 de agosto de 1565).

36. MHSI *Borgia*, IV, pp. 105-107: Borja a Antonio de Córdoba (Roma, 9 de octubre de 1565).

37. ARSI, Hisp. 69, 41: a Juan Vázquez (Roma, 15 de junio de 1570).

38. ARSI, Hisp. 67, 229-230: Borja al virrey de Cataluña (Roma, 15 de julio de 1566).

«ni oírlo quiere Su Santidad, si no es entre príncipes y con grandes causas». Las causas, lógicamente las tenía que valorar el papa.³⁹

Borja usó de todo su ingenio para obtener algunas dispensas. La condesa de Niebla y Ruy Gómez pidieron a Borja dispensa para un matrimonio entre primos. A pesar de las dificultades, Borja supo mover los hilos oportunamente. Envió al padre Rodríguez, gran amigo del papa, con quien había colaborado en Nápoles en el Santo Oficio. El papa accedió a dar la dispensa si el matrimonio se había concertado antes del concilio, pero si era después estaba decidido a observarlo. Borja estaba dispuesto a ir personalmente a ver al papa para este fin, pero antes quiso que Ruy Gómez obtuviera cartas del rey que apoyaran esta petición.⁴⁰ Pasó casi todo el día con el papa en el convento dominico de la iglesia de Santa María sopra Minerva. Allí le hizo saber que la casa de Guzmán, a la que pertenecía la condesa, estaba vinculada con santo Domingo, fiesta que inició el papa justo en esos días. Los buenos oficios del padre Rodríguez no fueron suficientes, así que no creía prudente pedirle él la misma merced, por lo que decidió servirse del embajador. Usando éste otro género de razones, concedió la dispensa y además gratis, a pesar de que la condesa había enviado una provisión de 10.000 ducados.⁴¹

En definitiva, con la elección de Borja como prepósito, la nobleza española encontró en el nuevo general un seguro valedor en Roma y en Italia en general, y Borja, por su parte, pudo sanar su fama herida, gracias sobre todo a Juana de Austria, Ruy Gómez de Silva, Espinosa y algunos secretarios reales, amistad bien amasada gracias al padre Araoz. Por último, debemos tener en cuenta que Borja consintió, algunas veces con ciertas reticencias, que algunos padres acompañaran a ciertos nobles en sus misiones como embajadores o como gobernadores en algunos puntos de la monarquía, como por ejemplo el padre Avellaneda, confesor del conde de Monteaugudo, embajador ante el emperador, o el padre Ayala con el príncipe de Mérito, virrey de Cataluña, o Doménech con el maestre de Montesa en Orán.

Desde los inicios de su vida jesuítica siempre procuró mantenerse informado sobre todo lo que sus hijos hacían. En 1553, padeciendo una fuerte enfermedad en Tordesillas, en donde algunos médicos intentaban curarle, escribía a su hija Juana lo siguiente: «hacedme saber siempre de vos y de toda la familia».⁴² Con relación a la nobleza, con la que estaba plenamente entroncado y vinculado por sus relaciones familiares, se sentía obligado. Un día dijo a la condesa de Niebla, Eleonor de Sotomayor y Zúñiga: «yo soy siervo de todos». Este servicio —ocupaciones y preocupaciones— le llevó al desgaste. En 1570 se sentía cansado y así expresó su situación: «por andar achacoso de los rastros de la enfermedad pasada que juntándose con la vejez hacen una buena batería si de ella me supiese aprovechar». Mas esta debilidad no le eximía de la responsabilidad de ser jefe de la casa Borja.⁴³

Sus hermanos Alfonso (1511-1536) y Enrique (1518-1540) habían fallecido; su hermana Luisa había fallecido (1520-1560) —casada con Martín de Aragón y Gurrea—, con ocho hijos. Quedaban vivas las clarisas: María (1513-1569) —sor María de la Cruz—, Ana (1514-1568) —sor Juana Evangelista—, Isabel (1515-1568) —sor Juana Bautista—, pero también las vio morir. De sus hermanastros habían fallecido Jerónimo (1528), Rodrigo (m. 1537) y Diego (1529-1562) —ajusticiado.

39. ARSI, Hisp. 68, 182: Polanco a sor María de la Cruz (Roma, 27 de diciembre de 1568). Actuaban según el canon 5 del decreto «Tametsi» del concilio de Trento.

40. ARSI, Hisp. 67, 234: Borja a la condesa de Niebla (Roma, 3 de agosto de 1566).

41. ARSI, Hisp. 67, 234-235: Borja al padre Bustamante (Roma, 9 de agosto de 1566).

42. MHSI *Borgia*, III, pp. 842-843: Borja a Juana de Borja (Tordesillas, [1553]).

43. ARSI, Hisp. 69, 43: Borja a la condesa de Niebla (Roma, 15 de junio de 1570).

Quedaban: Pedro Luis Galcerán de Borja (1528-1592) –maestre de Montesa–, Felipe Manuel (1530-1587), María –clarisa, sor María Gabriela–, Leonor (1534-1564) –casada con Miguel de Gurrea y de Moncada–, Ana –clarisa, sor Juana de la Cruz–, Magdalena Clara –casada con Fernando de Próxita–, Margarita (1538-1573) –casada con Federico de Portugal–, Juana, Tomás (1541-1610) y el bastardo Juan Cristóbal (m. 1573).

De sus hijos, vivían casi todos: el duque Carlos (1530-1592) –casado en 1548 con Magdalena de Centelles y Cardona, condesa de Oliva–, Isabel (1532-1566) –casada con Francisco Gómez de Sandoval y con un hijo–, Juan (1533-1606) –casado con Lorenza de Oñaz y Loyola–, Álvaro (1534-1594) –casado con Elvira Enríquez de Borja, marquesa de Alcañices–, Fernando –comendador de Calatrava– y Alonso –casado en 1567 con Leonor de Noroña. Sólo había fallecido la clarisa Dorotea en Gandía en 1552.

Era una familia grande y a pesar de eso se relacionó con todos. Quería tener completa información de cada uno, incluyendo sobrinos y nietos. Llama la atención que lo último que hizo, apenas unos minutos antes de morir, fue repasar uno a uno, con la ayuda de su hermano Tomás, a todos los miembros de la familia para darles su bendición. Los libros de registros de cartas del general correspondientes a España contienen muchas de sus cartas o de Polanco para la familia, pero no están todas, en gran medida porque de las muy personales no se hacía registro. Suple en parte esta ausencia las cartas recibidas que Borja no rompió. Afortunadamente se conservan muchas, pero publicadas sólo una mínima parte.

Con quien mantuvo más contactos, por razones obvias, fue con su hijo Carlos, el duque. A través de él siguió los pasos no sólo de toda la familia, sino de los acontecimientos más importantes de la corte. Carlos no estaba muy satisfecho de su matrimonio, de hecho le reprochó que le casaran sin tener él edad para darse cuenta de lo que hacía. Ahora bien, se desposó con 18 años, con la misma edad que su padre. De su matrimonio con la condesa de Oliva había tenido siete hijos; tres hijas serán clarisas. En el Archivo Romano de la Compañía de Jesús se pueden contar 30 cartas entre 1554 y 1575, de las cuales una pequeña parte están publicadas. Van dirigidas a Ignacio, Borja, Polanco, Dionisio Vázquez, Bustamante y Mercurian.

En la relación con su hijo Carlos era el principal mediador el padre Dionisio Vázquez, que había sido su confesor en Gandía. En una ocasión, el embajador de Portugal, Tello de Meneses –emparentado con la familia Borja–, habló confidencialmente a Borja acerca de algunos pleitos de la hermana del embajador a los que Carlos se había opuesto sin motivo en Gandía. «Yo me ofrecí de escribir y hacer el oficio que a ambas partes debo, porque no puedo, no quiero negar que al señor embajador debemos mucho amor». De este modo se implicaba directamente en asuntos familiares, en problemas matrimoniales y herencias, buscando siempre que la casa Borja quedara favorecida.⁴⁴

Gracias al deán tenía noticias de lo que acontecía en Gandía. Así supo que el maestre de Montesa había pasado unos días por Gandía antes de tomar posesión de su nuevo destino como gobernador de Orán. De todo ello Borja se alegraba, especialmente de las nuevas posibilidades apostólicas que se abrían en África. Envió al padre Doménech, que ya había sido confesor del maestre, y al padre Mur, que hablaba árabe. Escribiendo Carlos a su padre le decía: «El Sr. Maestre estará ya en Orán [...] pues me escribe que partirá don Álvaro de Bazán con diecisiete galeras con él a los 25 de este [...], sirviéndole en cuanto he podido».⁴⁵

44. ARSI, Hisp. 68, 42: al duque de Gandía (Roma, 15 de marzo de 1567).

45. ARSI, Epp NN. 93, 115: Carlos de Borja a Borja (Madrid, 1 de julio de 1566).

En una de las numerosas misivas quiso comunicar a su hijo que en Roma se daba por seguro la presencia del rey en Italia, pero lo más importante era que le animaba a concertar el matrimonio de su benjamín, Alonso de Borja, que tenía 18 años, edad para casarse. Ésta era una de las mayores preocupaciones.⁴⁶

Los contactos con sus hermanas clarisas fueron constantes. En Gandía aprovechaban cualquier viaje de algún amigo para enviar a Borja no sólo cartas de todos, sino de otros y a veces incluso regalos, normalmente dulces. En dos ocasiones el duque envió a Sancho de Biedma, noble valenciano que ayudó mucho al colegio jesuítico de Gandía. Esta vez fue el capiscol, que negoció la herencia de la condesa de Almenara. Otra vez el doctor micer Lucas Juan Mirón, que iba a tratar asuntos suyos en la curia. Normalmente llevaban todos cartas de recomendación.

Estas influencias no sólo las ejercía el duque, sino toda la familia, hermanastros, hermanos, hijos y nietos, incluso las clarisas. En una ocasión, Carlos le pidió que intercediera en favor de un «hermano de un particular amigo del señor don Juan de Borja [*Juan Cristóbal*] mi tío».⁴⁷ En otra ocasión, que ayudara a «Juan Bautista Tirdi, es un gentilhombre milanés que reside en Valencia», encargado de la iglesia de San Juan de Valencia; otro tanto hizo Ramón Pujadas, encargado de la iglesia de San Nicolás de Valencia. Pedían predicadores de cuaresma. En una ocasión le pidió que facilitara que un amigo suyo recibiera el título de doctor en Medicina en la Universidad de Gandía; se llamaba Juan Merino.

En algunas ocasiones, ante la falta de noticias de Borja, normalmente a causa de sus enfermedades, la familia pedía al padre Gaspar Hernández y al hermano Marcos que enviaran noticias, pues eran los más cercanos a Borja.⁴⁸ No podían faltar, por supuesto, noticias de la corte, y entre éstas las más importantes eran las referentes a Ruy Gómez de Silva, con quien normalmente debían hablar y darle noticias suyas. En el verano de 1566, estando la corte en Madrid, padeciendo un calor que Carlos no podía soportar, escribe a su padre que Ruy Gómez había estado en Estremera, pero ya había vuelto, aunque «anda tan ocupado y tan cansado que no he hallado buena coyuntura para darle el recado de v. p.». En ese año se estaba tratando el matrimonio del primogénito del duque Carlos. Era muy probable que se casara en Francia, según proyecto de Isabel de Valois (1546-1568), reina de España desde 1559, tercera esposa de Felipe II, hija de Enrique II de Francia, que influyó en la política anticalvinista francesa. Pero como no llegaban noticias ciertas, hubo de decir a Borja que no había nada seguro, por lo que había comenzado negociaciones con la marquesa de Elche y el duque de Benavente, pero «todo está suspenso». Efectivamente todo quedó suspenso, pero más de lo previsto. En 1569 Ruy Gómez hizo gestiones para casarlo con Isabel de la Cueva, hija mayor del duque de Alburquerque. El marqués de Llombay se desposó en 1572 con Juana Fernández de Velasco, hija del condestable de Castilla.⁴⁹

46. ARSI, Hisp. 67, 52: al duque de Gandía (Roma, 16 de abril de 1567). «A mi me queda de decir, como creo que otra vez lo he apuntado, que deseo mucho que don Alonso, vuestro hermano, tome estado de vida, pues tiene edad para ello, y aunque no se hallen cosas de tanta igualdad, importa más la seguridad de la conciencia y el reposo de la vida que los puntos que se podrían mirar, pues os tiene por padre».

47. ARSI, Epp. NN. 93, 20: Carlos de Borja a Borja (Gandía, 3 de febrero de 1567).

48. ARSI, Epp. NN. 93, 73: Carlos de Borja a Borja (Gandía, 25 de octubre de 1566). «Suplico a v. p. sea servido mandar que el padre Gaspar o el hermano Marco me avisen muy de ordinario que así lo será el dar yo cuenta a v. p. de todos los hijos y nietos que aquí estamos debajo la bendición de v. p., confiando que con ella y con la memoria que v. p. tiene de todos en sus sacrificios andaremos de bien en mejor».

49. ARSI, Epp. NN. 93, 115: Carlos de Borja a Borja (Madrid, 1 de julio de 1566).

También su hijo Fernando le pidió recomendaciones. Se trataba de Juan Salellas. Pero sobre todo le comunicó el gran cambio espiritual que se había obrado en su alma en 1566.⁵⁰ El tema espiritual fue, en efecto, muy frecuente. Sor María de la Cruz, su hermana María, le escribió un día: «Entiendo que N. S. obra en el alma de quien esta escribe más de lo que aquí dice, y porque no haya lisonja en estos breves renglones no digo más de que suplico a v. p. pida a N. S. le dé aquella gracia auxiliante que es menester para vencer las dificultades que nos impiden asentir y perfectamente cumplir el beneplácito de la divina voluntad para que vaya en aumento lo encomendado, y que el Sr. se apiade de quien acaba la vida sin haber dado el primer paso en el camino espiritual y es esta pecadora».⁵¹ Y sor Juana Bautista le pidió «exposición de los evangelios de todo el año».⁵²

Álvaro de Borja le comunicaba noticias del rey: su posible marcha a Flandes, su próximo matrimonio con Ana de Austria, la hija del emperador, o los apresamientos de barcos ya de turcos ya de franceses, temas todos que no sorprenderían a Borja.⁵³ El marqués de Feria también le pedía favores.⁵⁴ Y doña Juana, marquesa de Alcañices, intercedió en favor de su primo Hernando de Aragón y Borja. Todavía en 1572, cercana ya su muerte, dos de sus nietos –el duque de Lerma y el marqués de Llombay– le pidieron que favoreciera a algunos protegidos suyos.⁵⁵

Merecen especial mención las cartas espirituales que cruzaron las clarisas con Borja. En los fondos del Archivo Romano de la Compañía se pueden ver las misivas de sor Isabel Magdalena, María de la Cruz, recomendando al franciscano fray Juan de Ávila, María Gabriela, hablando del progreso en la virtud de las monjas, sor Isabel, sor Ana de la Cruz, sor Evangelista y sor María Gabriela, hermanastra.⁵⁶

Tras la muerte de dos de ellas en 1568, sólo pudo cartearse con María –María de la Cruz–, clarisa en Gandía, pero ésta falleció un año más tarde. Tuvo una relación especial con el convento de las Descalzas Reales de Madrid, cuya abadesa era su hermanastra Ana –Juana de la Cruz. Fueron cartas más bien espirituales, pero no faltaron asuntos importantes, como la consecución de breves en favor de las clarisas.⁵⁷ Araoz le comunicó en mayo de 1568 las muertes de Isabel y Ana, clarisas de Gandía y hermanas de Borja. Siguió con atención los pasos de sus nietas novicias –Francisca y Juana–, hijas de Juan de Borja, que entraron en las Descalzas de Madrid en 1568, estando presente la princesa Juana.

Apenas elegido general escribe a su tío el arzobispo de Zaragoza, Hernando de Aragón, que su alegría había sido grande al conocer el enlace de Juan Alfonso de Aragón Sarmiento y Gurrea –nacido en 1543, hijo del duque de Villahermosa, Martín de Aragón y Gurrea, y de Luisa de Borja– con la hermana del marqués de Villena, Luisa de Cabrera, «del cual –dijo– yo he tenido mucho contentamiento por muchos respectos, especialmente porque el Sr. marqués –Diego López Pacheco– su padre era devoto de la Compañía y me dejó por su testamentario, y así quedo obligado de gozarme de ver puestas en cobro aquellas señoras sus hijas». Este enlace acabó mal, porque don Juan Alfonso fue ajusticiado en 1573 por orden de Felipe II por asesinar, a causa de los celos, a su esposa Luisa de Cabrera. También se alegró –lo consideró bueno– por la boda en segundas nupcias del duque de

50. ARSI, Epp. NN. 93, 35 (Gandía, 21 de marzo de 1566).

51. ARSI, Epp. NN. 93, 36 (Gandía, 21 de marzo de 1566).

52. ARSI, Epp. NN. 93, 37 (Gandía, 19 de junio de 1566).

53. ARSI, Epp. NN. 93, 160, 161.

54. ARSI, Epp. NN. 93, 148-149: el marqués de Feria (Madrid, 10 de agosto de 1569).

55. ARSI, Epp. NN. 93, 185-186; Epp. NN. 93, 187.

56. ARSI, Epp. NN. 31, 8, 69 (Gandía); Epp. NN. 93, 122-123.

57. ARSI, Hisp. 68, 24: a la abadesa de Madrid, sor Juana (Roma, 19 de enero de 1567).

Villahermosa con María Pérez de Pomar. En primeras nupcias se había casado con su hermana Luisa (1520-1560), cuyo fruto fueron ocho hijos. Borja dijo a su interlocutor que, conociendo como conocía al duque de Villahermosa, se desposara, pues era mejor casarse que abrazarse.⁵⁸

Cuando supo la muerte de la marquesa de Denia, Catalina de Zúñiga, noticia enviada por su hijo el duque don Carlos, reaccionó rápidamente.⁵⁹ A comienzo de 1567 supo la muerte de su hija Isabel, casada con el marqués de Denia, Luis de Sandoval y de Rojas. Por este enlace, Borja se relacionó con su nieto, el conde de Lerma, Francisco de Sandoval y Rojas, y con el obispo de Córdoba, bastardo del linaje Sandoval. Se trataba de una triste noticia y Borja quería conocer la situación anímica de Luis de Sandoval, por lo que pidió al obispo que le enviara información, exactamente dónde estaba y cómo se consolaba.⁶⁰ Borja escribió también al conde de Lerma dándole el pésame.⁶¹

Las relaciones con su hermanastro el maestre de Montesa mejoraron mucho con el tiempo, especialmente desde su nombramiento como gobernador de Orán. Quisieron ambos que le ayudara el padre Doménech. Pero las comunicaciones eran más universales, hablaban de lo que pasaba en Francia y, por supuesto, de la causa del arzobispo Carranza, que tan importante era para Borja.⁶² Era su nieto el conde de Lerma quien más noticias le daba de la corte, la lentitud de los despachos, que el rey no hiciera nuevos nombramientos, la desolación en que había quedado tras la muerte de don Carlos, etc. Pero la noticia que más alegró a Borja fue saber que el maestre había tenido éxito en Orán ayudando a don Juan de Austria, capitán general del Mediterráneo.⁶³

Con respecto al benjamín, Alonso de Borja, quiso casarle cuanto antes, para lo cual contaba con su primogénito Carlos. Precisamente al conde de Lerma le expresó la gran alegría recibida con el casamiento de Alonso. Pero su satisfacción sería completa si su otro hijo soltero, Hernando –comendador de Calatrava– también se casaba.⁶⁴ Lógicamente también comunicó a su hijo Carlos la alegría recibida con el matrimonio de Alonso.⁶⁵ Y, cómo no, al propio interesado, que había encontrado un buen partido en Leonor de Noroña; pero el matrimonio no tuvo sucesión.⁶⁶ Esta última carta no le llegó, de ahí que le escribiera otra vez, aunque no eran noticias buenas. Llevaba arrastrando cinco meses «una larga y trabajosa enfermedad» que le dificultaba incluso el firmar las cartas. Dionisio Vázquez, que había convivido con Alonso por algún tiempo en Gandía, se puso enseguida a su disposición.⁶⁷

A mediados de 1567 surgió una duda acerca de su familia. Tomás de Borja, su hermanastro más pequeño, estaba estudiando en Alcalá. Curiosamente, en Alcalá habían estudiado el bastardo Juan de Borja (1529) y, a comienzos del siglo XVII, Gaspar de Borja, futuro cardenal. En medio de una crisis quiso consultarle si le parecía bien que dejara los estudios para presentarse en Roma, como le había indicado su hermano el maestre de Montesa, para ayudar en lo posible al desdichado arzobispo Carranza, enviado a Roma por orden pontificia, para protegerle en el fondo de la Inquisición española. Borja le aconsejó que continuara los estudios, toda vez que los asuntos de Carranza eran

58. MHSI *Borgia*, IV, pp. 39-42: Borja al arzobispo de Zaragoza (Roma, 5 de agosto de 1565).

59. ARSI, Hisp. 67, 263: al marqués de Denia (21 de noviembre de 1566).

60. ARSI, Hisp. 68, 18: Borja al obispo de Córdoba (Roma, 30 de enero de 1567).

61. ARSI, Hisp. 68, 32: al conde de Lerma (Roma, 11 de marzo de 1567).

62. ARSI, Hisp. 68, 119 (Roma, 14 de diciembre de 1567).

63. ARSI, Hisp. 68, 175 (Roma, 22 de noviembre de 1568).

64. ARSI, Hisp. 68, 122 (Roma, 9 de enero de 1568).

65. ARSI, Hisp. 68, 122-123 (Roma, 9 de enero de 1568).

66. ARSI, Hisp. 68, 123: a don Alonso de Borja (Roma, 9 de enero de 1568).

67. ARSI, Hisp. 68, 182: a Alonso de Borja, de Polanco (Roma, 27 de diciembre de 1568).

tan difíciles. El secretario Polanco fue el encargado de escribir la contestación, pero de su cosecha añadió unas palabras verdaderamente representativas del ambiente de la época y de algún modo proféticas: «guárdese vuestra merced, que ya sabe que el concilio no quiere obispos que no pasen por estas picas; y si Dios le diere la gracia de serlo, dará por bien empleado el trabajo, y si no lo fuere, no habrá perdido nada». Finalizaba Polanco animándole a que escribiera a Borja, porque —decía— «le certifico que le ama no sólo como a hermano, pero como al más querido de sus hijos».⁶⁸

Borja nunca dejó de lado la correspondencia con su familia, pues aunque él creía seguir siendo moralmente el jefe de su casa, era su familia la que veía en él al aglutinador y máximo representante de los intereses de su sangre. Por esta razón, Borja se reservó la correspondencia con la nobleza vinculada a su familia. Quería estar informado de las novedades de la corte, de los matrimonios, de los nuevos alumbramientos y fallecimientos, etc. Así controló el matrimonio de su hijo Alonso con doña Leonor de Noroña gracias a su hijo el duque Carlos.⁶⁹ Siguió de cerca el matrimonio de su sobrino el duque de Medina Sidonia con una hija de Ruy Gómez, príncipe de Éboli, uno de los consejeros reales más influyentes, encargado de los asuntos económicos.⁷⁰

En definitiva, quería saberlo todo acerca de su familia. Basten estas letras que escribió al conde de Lerma: «Yo holgaré que se me escriban las nuevas que hubiere y de acá se responderá con las de Roma». Se creaba así, con ocasión de las relaciones familiares, un vínculo informativo de gran importancia, pues la corte romana y los propios embajadores encontraron en él una base de datos de grandísimo valor.⁷¹ Esta forma de actuación implicaba muchas veces solicitar dispensas matrimoniales, como cuando consiguió dispensas para los hijos de la condesa de Niebla. Borja no dudó en mover todos los hilos; así, para la obtención de ciertas dispensas pidió la colaboración de Ruy Gómez e incluso del mismo rey.⁷²

En 1571 fue designado por Pío V consejero del legado Alejandrino, que debía ir a España, Portugal y Francia en misión diplomática. Borja cumplió con su deber, a pesar de la edad y las enfermedades; aprovechó el viaje para entrevistarse con viejos amigos y restablecer su posición ante Felipe II, el cual se sirvió de él para nuevas misiones político-religiosas. En 1572, después de cuatro meses de estancia fatigosa en Ferrara, arrastrado por sus enfermedades y sacudido por las noticias de guerras, Borja decidió, pese a su debilidad, volver a Roma. Quiso antes ir a Loreto, en cierto modo paso obligado. En ese santuario había pasado muchas horas de oración. Allí, a los pies de la santa casa, había tenido grandes experiencias místicas. Pero, sobre todo, fue allí donde se recuperó de su última enfermedad (1569), cuando ya le daban por muerto.⁷³ Así, pues, el 3 de septiembre, con paso débil pero seguro se alejó lentamente de Ferrara. Pero luego el camino se hizo ligero gracias a la ayuda de una litera. Pudo llegar a Loreto el día 11, a más de 40 km diarios, un verdadero logro. Los padres Gaspar Hernández y Juan Fernández, que tanta falta hacían en la secretaría, se separaron antes y llegaron a Roma el día 19. Contamos con varios testimonios de estos momentos: uno, el de

68. ARSI, Hisp. 68, 57-58: Polanco a Tomás de Borja (Roma, 19 de abril de 1567).

69. ARSI, Hisp. 68, 122-123: Borja al duque de Gandía (Roma, 9 de enero de 1568).

70. ARSI, Hisp. 67, 231: Borja a Ruy Gómez (Roma, 29 de julio de 1566).

71. ARSI, Hisp. 68, 122: Borja al conde de Lerma (Roma, 9 de enero de 1568).

72. ARSI, Hisp. 67, 234: Borja a la condesa de Niebla (Roma, 3 de agosto de 1566).

73. De ahí que Nadal dijera a Polanco: «habbiamo avuto la lettera di 9 del presente et pigliamo et noi molto animo di quel che piglia N. P. et altre tanta speranza di quella che S. P. tiene che la gloriosa Madonna di Loreto l'habbia da aiutar, il che fece, et tre anni sono che partì da Roma con febbre et ritornò sano di modo che non l'ho visto star meglio et così spero sarà adesso con la gratia del Signore» (ARSI, Ital. 69, 108: Nadal a Polanco [Roma, 20 de agosto de 1572]).

su hermanastro Tomás de Borja –su carta al duque Carlos de Borja y su deposición en el proceso de beatificación–, otro es el de Francisco Vázquez, criado de Tomás de Borja; y luego una serie de cartas de acompañantes que nos ofrecen otra perspectiva de este su último viaje.

Francisco Vázquez, testigo, porque fue acompañante de Tomás de Borja, ofrece nuevos datos en su deposición del proceso de canonización. Borja llegó a Ferrara «muy apretado de su enfermedad». Le esperaba en una margen del Po el duque de Ferrara. En este punto es precisamente Tomás de Borja quien mejor nos informa de lo acaecido. Como Borja llegó muy enfermo, se hizo junta de médicos y resolvieron que se quedase. Borja pidió a su medio hermano que siguiera su camino a Roma con el padre Luis de Mendoza, que había llegado enviado por Nadal, máxime tras conocer la muerte del papa.

El día anterior de su partida de Ferrara, Borja pidió a Tomás de Borja que fuera a Loreto para encontrarse allí de nuevo. Llegó al santuario el día 12, «más muerto que vivo». Permaneció ocho días, luego le pusieron en su litera, sin poder salir de ella. Durante el camino estuvo –según Tomás de Borja– «padejiendo gravísimos dolores internos, con notable paciencia y ejemplar sufrimiento; y porque el dejar de quejarse no estaba en su mano, me mandó que no dejase de llegar a la litera a nadie, y de esta manera llegamos hasta las puertas de Roma». El 20 de septiembre, Nadal informó a los provinciales de España, a Araoz, a Simón Rodríguez y a Esquivel, que Borja había salido de Ferrara, había estado en Loreto y se le esperaba en Roma.⁷⁴

Al entrar en la ciudad eterna dio gracias a Dios por haber llegado y cumplido con las misiones que el papa le había encomendado. Pero estaba tan al cabo que temían un inmediato desenlace, «se nos muriese entre las manos». Le llevaron a su habitación y allí mismo recibió a muchos cardenales, en particular su amigo Aldobrandini, que de parte de Gregorio XIII le impartió su bendición. Asistido en su última agonía por el hermano Marcos y por Tomás de Borja, tuvo tiempo para hacer memoria de su numerosa familia, mencionó a don Carlos el duque, a Juan el embajador en Portugal. Nombró a todos sus hijos, hermanos y nietos, evocando particularmente al marqués de Denia y al marqués de Llombay como nietos, y se acordó de Antón, acemilero que le acompañó cuando en 1550 llegó por primera vez a Roma.⁷⁵

En la carta de Tomás de Borja para el duque don Carlos, más fiable por más cercana a los hechos, nos dice que pese a sus enfermedades de hígado, la autopsia no señaló esa afección.⁷⁶ La primera carta de la noticia de la muerte de Borja está escrita por la mano del secretario Juan Fernández. Está dirigida al padre Boldó: «por haber sido nuestro Señor servido llamar al descanso de su santa gloria a nuestro padre general esta noche pasada a la media noche. Ha muerto como vivió, con una paz y tranquilidad admirable, pidiendo perdón a todos y dándonos su bendición, y algunos que le pedían se acordase de ellos en el cielo».⁷⁷ Otra fuente de información importante es la del hermano Melchor Marcos, inseparable compañero de Borja durante catorce años, que relata al duque don Carlos cómo fue la muerte: «fue su muerte en Roma, por lo mucho que lo deseaba, dándole fuerzas para llegar a ella, las cuales tuvo en todo el camino como las tenías al salir de Ferrara, y a dos jornadas de Roma comenzó a declinar y perder de las fuerzas que tenía, y llegado a Roma se le acabaron en tres días. Recibió los santos sacramentos con gran devoción, porque estuvo con entero juicio hasta poco antes de expiar. Preguntándole yo si quería algo me respondía que no quería sino a Jesús

74. ARSI, Hisp. 69, 123: Nadal a los cinco provinciales de España, a los padres Araoz, Simón y Esquivel.

75. AHN, Osuna 16, 19: proceso (1622).

76. AHN, Osuna 13, 6.a: Tomás de Borja a Carlos de Borja (Roma, 2 de octubre de 1572).

77. ARSI, Hisp. 69, 124: Nadal a Boldó (Roma, 1 de octubre de 1572).

[...]. Su muerte fue santísima, como la vida [...]. Si alguna cosa me consuela es creer que tenemos en él un buen abogado en el cielo y que de allá nos ayudará más que de acá».⁷⁸

En conclusión, la causa desencadenante de su muerte pudo ser un cuadro de artritis reumatoide, como se deduce por las dificultades en la marcha. Se deben añadir los problemas estomacales, la disentería, el paludismo, las fiebres tifoideas –origen de todo el cuadro intestinal por acartonamiento en la vesícula biliar–, la rápida pérdida de peso, debilitamiento general y progresivo, las hemorroides internas a causa de tantos días en litera, la pertinaz rectorragia, y sobre todo la pleuresía seca final. Todo ello causó un quebrantamiento tal que hace difícil explicar que pudiera aguantar semejante viaje si no es por la fuerza de voluntad. Esta última misión significó su rehabilitación ante la corte española y el rey, al que enviaba informes confidenciales de las gestiones realizadas. Regresó a Italia ya muy enfermo; a los tres días de su llegada a Roma murió (30 de septiembre de 1572).

Algunos embajadores recogieron la noticia de la muerte. El de Florencia es muy escueto: «Qui è morto el padre Francesco Borgia, generale dei preti gesuiti, che ne vero è stata perdita, perché era un gran huomo religioso».⁷⁹ El de España es algo más explícito: «El general de la Compañía estuvo en Ferrara tantos días malo, como V. M. habrá entendido; y con el deseo que tuvo de visitar la casa de N^a S^a de Loreto y de llegar a Roma, se puso en camino y entró aquí a los 27 del pasado y a 1^o del presente murió tan christianamente y cathólicamente como vivió».⁸⁰ Un aviso para el emperador Maximiliano II es también significativo de la proyección de su muerte: «martedì notte passò a miglior vita il duca di Gandia, generale dei gesuiti, che ritornò il giorno prima malatto di Ferrara».⁸¹

Nadal comunicó a Polanco la noticia de modo admirable.⁸² Una testimonial del proceso de beatificación dice que al entrar Borja en Roma no dejó de dar gracias a Dios por permitirle morir en la ciudad eterna. Termina con escuetas y claras palabras: «murió y le sepultaron entre los dos padre generales [...], junto al altar mayor [...], dejando una suavidad en el aposento donde murió que consolaba a todos los presentes».⁸³ Eligieron por vicario a Polanco, que estaba fuera de Roma. Nadal dejó el cargo y puso en sus manos toda la responsabilidad.⁸⁴

78. BNE, Cod. 565: Melchor Marcos a Carlos de Borja (Roma, 2 de octubre de 1572).

79. ASFir, Mediceo 3598, 297: Ludovico Babbi a Francisco de Médicis (Roma, 1 de octubre de 1572).

80. AGS, E.919, 122: Juan de Zúñiga a Felipe II (Roma, 3 de octubre de 1572).

81. HHSt.A., Italien-Kleine Staaten, 14, 118: avisos de Roma (3 de octubre de 1572).

82. ARSI, Ital. 69, 126: Nadal a Polanco (Roma, 3 de octubre de 1572). «Llegó N. P. general aquí el domingo a los 28 a la tarde y habiéndole N. S. cumplido sus deseos de acabar tan larga jornada y de verse en Roma fue servido darle, como esperamos, por premio de sus trabajos llamándole para Sí el martes siguiente a media noche. Murió como vivió, con admirable paz y tranquilidad de su ánima, dando grandes muestras de sus virtudes y especialmente de profunda humildad, pidiendo perdón a todos, etc. Enterrámosle el miércoles y el jueves juntándose 22 padres profesos que hay en Roma con la preparación de misas y oraciones para hacerse elección de vicario».

83. AHN, Osuna, 13: deposición de Vázquez Monte.

84. ARSI, Ital. 69, 126: Nadal a Polanco (Roma, 3 de octubre de 1572). «De la información que V. R. ha de hacer a los provinciales ni de los otros negocios no habrá que decir en esta, pues como esperamos, hallará mas cerca de Roma que de Macerata».

